

CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS. - V

NICOLAS SALMERON

ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO

POR

U. GONZÁLEZ SERRANO

Con retrato del biografiado.



MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Carrera de San Jerónimo, 2

1903



NICOLÁS SALMERÓN

CELEBRIDADES ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

IV

NICOLÁS SALMERÓN

CELEBRIDADES ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

NICOLÁS SALMERÓN

ESTUDIO CRÍTICO-BIOGRÁFICO

POR

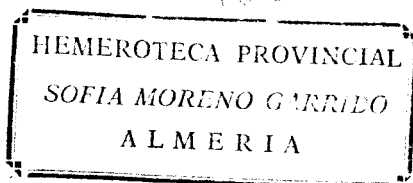
U. GONZÁLEZ SERRANO

MADRID

EST. TIPOGRÁFICO DE RICARDO FÉ

Calle del Olmo, núm. 4


1903



—
ES PROPIEDAD
—



Fiat justitia.....

s mucha personalidad la del señor don Nicolás Salmerón y Alonso. Si explica en su clase, á veces con tonos magistrales, en ocasiones con acentos sugestivos, siempre con soberana elocuencia y con claridad de la que se percibe en lo hondo de la elaboración reflexiva, le diputan por abstruso y poco inteligible; si informa en estrados le acusan de que pone cátedra de Derecho constituyente, y si habla en el Congreso con elocuencia de fuego y con actitudes mitad tribunicias, mitad apostólicas, le tachan de idealista y poco práctico. Censuras todas que llevan aparejados elogios, en realidad justificados en todas las esferas

á que aplica sus energías. Es que excede nuestra línea general, la del vulgo, y rebasa la de muchas doctas medianías y la de algunas celebridades, hechas deprisa, adheridas á un trabajo de reata, que, endomingadas con los favores oficiales, propagan juicios despectivos respecto á quien tiene luz y calor, pensamiento y vida para matizar lo hueco de muchos cerebros.

Bosquejemos su silueta...

I

El Hombre.

SI miráis su físico, cetrino, de facciones pronunciadas y duras, pero suavizadas por una vista penetrante y viva, os impone respeto y os inspira simpatía. Los movimientos rápidos y vigorosos de su cuerpo revelan un excedente de vida que, manifestado con cierta irregularidad, le hace aparecer á veces indolente cual sauce llorón. Su fuerte constitución fisiológica (un tanto averiada por enfermedades que provoca un trabajo tan excesivo como irregular), mezcla inefable de las energías del Norte con las languideces del Mediodía, compadece una actividad tenaz con cierta divina pereza. «Si parezco semita, soy ário», dice con gran ingenuidad.

Si observáis su aspecto moral, con hermo-

sa transparencia se denuncia su nativa inclinación á lo grandioso sin aparato y á lo noble sin atenuaciones; pero á la vez ¡cuán compleja es la condición humana!, allá en lo típico, en lo recóndito, queda un hervor de vida que no se hace plástico y un fondo que no se exterioriza ante ningún requerimiento. Estructura complicadísima la de su idiosincrasia psíquica deja, sin embargo, lo mejor en el ocaso ante la refulgencia de su privilegiado entendimiento. «Soy rápido para concebir y tardo en la obra», repite con frecuencia.

Juntad en la inmensa retorta de la química mental, es decir, en un cerebro admirablemente constituído, lo físico y lo moral, convicciones fundidas en bronce con sentimientos é impulsos, rayanos á veces en pasiones africanas y de su combinación obtendréis como producto un carácter complejo, firme y tenaz en sus ideas, vacilante y un tanto contradictorio para la obra.

Su existencia, rica en accidentes, jamás arrastrada por efectos teatrales, es la de un luchador con las intermitencias que imponen circunstancias no siempre impulsadas por

los vientos de la fortuna. Emplea los primeros años que pasa en Madrid en el estudio y en hacer oposiciones brillantes, en las cuales siempre el triunfo corona sus esfuerzos, hasta que llega, después de una odisea seguida con paciencia de beneditino, al ideal, su cátedra de la Universidad Central, donde, asiduamente y en compañía de discípulos y admiradores, ejerce el sacerdocio de la enseñanza con un entusiasmo reflexivo, que no avivan las popularidades momentáneas, ni apagan los desvíos de la mudable opinión.

Hasta tres veces se ve injustamente despojado de su cátedra y en todas ellas defende, de obra y de palabra, los fueros de la dignidad y de la libertad del profesor.

Preso en 1866 en el antiguo Saladero de Madrid, Diputado en las primeras Cortes de Amadeo, Ministro de Justicia y Presidente del Poder Ejecutivo en el corto período de la República, vá desterrado en 1874 á Lugo y más tarde sale emigrado primero á Lisboa y luego á París.

En los seis años de estancia en París, con numerosa familia y escasez de recursos, la

nube negra de la miseria, sobrellevada con serenidad estóica, se cierne sobre su horizonte, la oculta con una dignidad que raya en orgullo.

Pudre tierra el inolvidable amigo, el caballeroso Conde del Valle de San Juan que con ternura maternal descubrió lo que todos presumían, aunque nadie estaba cierto de ello. Y con delicadezas que ni se explican, ni ofenden, pues el afecto noble embalsama los más crueles dolores, solicita aquel por siempre llorado amigo el honor de remediar la fatalidad de la desgracia. Apenas iba á poner por obra sus sinceras promesas, despeja el horizonte Salmerón, agarrado al yunque del trabajo, ejerciendo de abogado y logrando una gran clientela en la colonia americana de París.

Cuando ha llegado á resolver el problema de la vida, agravado por la estancia en país extranjero, la llamada crisis del miedo, la de 1881, restablece en su cátedra á Salmerón, que decide abandonar la posición conquistada, volviendo á su país á engolfarse en la política, trabajar su bufete y reanudar su inte-

rrumpida enseñanza. La viril protesta contra el falso montaje de un régimen, que nos ha traído desdichas sin cuento, ha distanciado á Salmerón de los honores oficiales (¡ni siquiera es académico!). No se ha sentado una vez en el Congreso sin oposición encarnizada y sin luchas, en las cuales ha gastado dinero, cuando lo tenía, energías de que ha sido siempre pródigo é inteligencia que nadie le niega.

Cuando le han vencido, no le ha dominado el despecho, ha estado dispuesto á toda hora á derrochar su hermosa palabra y á no ahorrar ningún esfuerzo en pro de sus ideales. En índice y resumen, tal ha sido la vida de Salmerón y tal seguirá siendo en la vejez respetada y respetable que ha de consagrar el juicio imparcial de la Historia.

II

El Político.

Es la política para Salmerón un vicio: ni le intimida la desairada derrota, ni le desvanece el triunfo ruidoso. De sus aptitudes para ella cada cual juzgará según lealmente entienda, pero en lo que todos habrán de convenir es en que «su descanso es pelear».

Surge en ella con un relieve personal, que no aminora nadie, ni él mismo, que es á veces su primer enemigo, con el célebre discurso del Circo de Rivas (Octubre 1869). Afirma todo el credo democrático en su más pristina pureza, y, «por ser tardo en la obra», oscila de momento respecto á la forma de gobierno. ¿Consecuencias? Que no cabe al lado de los llamados *cimbros*, cuyo doctrinarismo le repugna, y se distancian de él los republicanos por no creerle (cuántas cegueras padecen las colectividades) tal.

Ni era, ni es, ni podrá ser otra cosa, y, sin embargo, suspicacias tan infundadas le alejan de las Constituyentes de 1869.

Después de lucha encarnizada, nada menos que contra el Presidente del Consejo (Malcampo), á quien vence, viene Diputado por Badajoz á las Cortes de Amadeo. Su primer discurso en el Parlamento, defendiendo la legalidad de la Internacional y exponiendo su doctrina de la inmanencia, produce asombro en los grandes oradores de las pasadas Constituyentes. Llega y vence, y su primer discurso le hace ya figurar, donde figurará siempre, entre los maestros de la palabra.

Comienza por el fin, forma en segunda parte del Directorio de aquella minoría, cuyas campañas, que pecaron, más por irreflexivas, que por radicales, no logró encauzar. El ingenuo infantilismo de una panacea universal con la proclamación de la Federal fué el señuelo que atraía á aquella generación idealista, que se vió casi sorprendida por los acontecimientos con el poder en las manos.

Establecida la República en Febrero de

1873, fué Salmerón primero Ministro de Justicia y despnes Presidente del Poder Ejecutivo, y en ambos cargos, en el primero, aboliendo de hecho la pena de muerte, suprimiendo la contradanza del poder judicial, desde entonces, inamovible, y dignificando al Tribunal Supremo, y en el segundo vigorizando resortes de gobierno, dejó entrever alguna esperanza de poder salvar aquel período preñado de peligros.

Quieren imponer á Salmerón el restablecimiento de la pena de muerte para concluir con la indisciplina del ejército, y á la cabeza del banco azul pronuncia (Septiembre 1874) la oración parlamentaria más ingenuamente sentida que se ha oído en el recinto del Congreso, renunciando la presidencia del Poder Ejecutivo, ejemplo peregrino de un hombre que abandona por propio impulso el poder antes que faltar á sus más caras convicciones. Alguen recuerda los ditirambos que oyó, en *petit comité*, de aquel discurso á Romero Robledo.

Pasa á la Presidencia del Congreso, y desde puesto tan codiciado asiste, á veces

pasivamente, y en ocasiones con actividad vertiginosa, á la descomposición de aquella mayoría y de aquel Gobierno, que, llamándose y siendo republicano, se veía imposibilitado de aplicar sus doctrinas. El golpe del 3 de Enero revela en Salmerón una caudidez lamentable.

Al desaparecer el tormentoso período de la República (durante el cual no se perdió ningún imperio colonial), puede Salmerón abrir su cuenta de *debe y haber* como casi todos aquellos ilustres patriotas que, con más entusiasmo que experiencia, pasaron con la rapidez del relámpago por el poder. De él dispusieron: ni lo explotaron, ni lo utilizaron en provecho propio; todos salieron de él como entraron... pobres.

En lo más álgido de la Restauración protesta virilmente Salmerón, con Ruiz Zorrilla, del hecho de Sagunto, y emigra á Lisboa y á París. Prepara la formación del partido republicano-progresista y, queriendo pasarse de listo..., oculta á la galería que en el nonnato partido dos tendencias y dos personalidades irreductibles constituyen sínto-

mas de esterilidad y de muerte. Frente á impaciencias generosas de los progresistas, que arriaban toda bandera ante la urgencia de la revolución, Salmerón, tardo siempre en resolver, decía que «él era radical en ideas y conservador en los procedimientos».

Tejer y destejer de suspicacias y desconfianzas mutuas, que hábilmente utilizó la Restauración para crear intereses en pro del régimen, mientras los republicanos se despedazaban unos á otros.

Al volver Salmerón de la emigración (Enero de 1882), alguien, que se halla muy cerca de estas líneas en el momento en que se trazan, le decía: «Déu por malogrado su intento, no ensayen formación de nuevos partidos; alejado usted de las luchas intestinas, emplee su respetable significación y su maravillosa palabra en dos fines convergentes; ponga muro de contención á la brecha que el zorro viejo de Sagasta abre en el oportunismo de los posibilistas, para evitar que deserten al campo monárquico y á la vez desbroce de intransigencias la extrema izquierda para que, sin nominalis-

«mos estrechos, consienta que las masas obreras vigoricen la gran familia republicana».

Y no hubo medio; dentro ya de la lucha de las pasiones es verdad que Salmerón, con el discreto Azcárate, no gustaba buscar *cotterie*, pero ella llegó, como alud invasor, y ya que no la rechazó, no supo ó no quiso «disciplinarla», y, con latitudinarismos para unos y dejos de indiferencia para otros, comenzó á *no distinguir de colores*, dando ocasión á desmoronamientos, que convirtieron al boyante Centralismo en sal en el agua. Y en Asambleas, que eran Congresos en miniatura, increpaba con desplantes de arrogancia á que luchasen con él los supuestos enemigos que se agitaban en la sombra, y los aludidos se seguían creyendo amigos y no querían luchar, más que por temor á ser vencidos (que hay derrotas honrosas), porque recordaban con Kant que, si nunca se debe faltar á la verdad, hay ocasiones en que se impone el silencio.

Présbita sublime, como los genios, cuando miraba tales pequeñeces, se desvanecía su vista y erraba su juicio.

Aparte tales minucias, que, corregidas y aumentadas en otras fracciones republicanas, dieron al traste con toda organización, ha dicho Salmerón verdades como puños á la política restauradora, y ha visto, con perspicacia nunca bastante louada, la raíz de muchos males antes que nadie. Recordarán muchos uno de sus célebres discursos en que, comentando la frase de Sagasta «Cortes antes deshonradas que nacidas», reprodujo Salmerón su idea de que las actas fueran examinadas por Sala del Tribunal Supremo, y periódico de los listos comentaba el discurso, diciendo que hasta los maceros del Congreso se reían de la propuesta.

Posteriormente, agigantado el mal, Maurra, que es de los que presumen ver á distancia, ha vuelto sobre el tema con su sobria elocuencia. Hoy mismo, la Comisión de actas, con un rotativo que la incensa á diario (el *Heraldo*), deja pasar carros y carretas, y tiene atascada galera cargada de matute (las actas de Madrid) (1).

(1) Tales actas produjeron, á poco de escribirse es-

¿Era ó no era previsión política la de Salmerón? Que se duelan luego los políticos del desvío de la opinión, cuando ni se la deja manifestarse, ni se mueve nadie más que para falsificarla.

Viciado el régimen parlamentario, no habrá que renegar de la evolución; pero convertida en ineficaz por los medios arteros que la hipocresía de los hábiles usa, la consecuencia. . es que algo se impone á la voluntad y contra la voluntad de todos. Se deduzca inflexiblemente ó se aplace tal consecuencia, no nos resignamos á creer, ni aún los que como el iusigue nuestro hemos doblado *la cumbre de la vida*, que su personalidad política haya de permanecer entre bastidores. Día llegará (parece que ha llegado ya) en que la política se haga fuera del Parlamento y en éste y en todas partes Salmerón ha de figurar como voto de los que *se cuentan y se pesan* para los futuros destinos de la patria.

tas líneas (Diciembre de 1901), un conflicto, que resolvió sin empacho Sagasta, *echarlo el cerrojo* á las Cortes, según se dice en el caló de los políticos al uso.

III

El Abogado.

A Salmerón le atrae y seduce la política, le repugna y cansa el ejercicio de la abogacía. Le agrada más jugar unas carambolas, (no se diga echar ó *corear* una partida de tresillo) que entendérselas con los señores del margen y con el papel sellado.

¿Por qué ejerce? Porque no tiene derecho á exigir de su numerosa familia que se muera de hambre y, como él no posee más capital que su trabajo, á ese venero acude para librar la carga de la vida.

Llegó á estrados y venció como en todas partes, con victoria más ó menos discutida. Es el aspecto en que menos le conocemos; aun en las épocas de mayor intimidad, su discreción (¿y por qué no también la propia?) no rebasó jamás el límite de la más exquisita delicadeza.

Pero, aun sin penetrar en las entretelas, no se puede olvidar que quien intervino tan gallardamente en la Testamentaria de María Cristina como árbitro; quien salió de la de Santoña con un ligero arañazo, cuando muchos de los tenidos por impecables, encuentran en ella el Sedán de su reputación; quien ha logrado con corrección excesiva, siendo la personificación más genuina de la secularización de pensamiento y vida, informar ante el Tribunal de la Rota, sin herir la epidermis susceptible de las más gazmoñas ortodoxias; quien ha intervenido en el asunto de la señorita Ubao con la firme convicción de perseguir tenazmente el asunto meses y meses y, ante la apoteosis del día, recomienda á unos y á otros, que no fien al entusiasmo momentáneo que pronto se apaga, sino á la acción lenta y continua; quien, en fin, llega á formar uno de los primeros bufetes de Madrid, sin admitir subvenciones, ni cargos de consejero de las grandes Compañías, ya puede ser considerado como un jurisconsulto, que dista del picapleitos cuanto uno de otro los polos extremos del planeta.

IV

El Orador.

SALMERÓN es orador de cuerpo entero, «la oratoria política hecha hombre», dice un crítico nada benévolo; su reputación como tal, es incuestionable. Podrán algunos censurarle cierta monotonía, alguna predisposición á agrandar las cosas, un dogmatismo que le subyuga ante la fuerza con que profesa sus opiniones, y que por contagio sugestivo quiere imponer á los demás; pero, aun con tales defectos, es un orador de primer orden y un polemista temible, su dialéctica parece la maza de Hércules, convence más que persuade. Grandilocuente, severo, conciso á lo Melo, persigue lo que estima la verdad á través de las más escabrosas sinuosidades y con pleno dominio de la palabra, casi nunca ha dejado de decir cuanto se proponía.

No hay para qué aducir pruebas, abundan

á granel. Celebraban los progresistas y los amigos de Salmerón las célebres conferencias de Biarritz (1881) y Martos, que nadie dudará que era de la cepa de los oradores, luego que le oyó el discurso en que defendía su significación y su sentido dentro del partido republicano-progresista, le dijo: «no sabía yo que con cuatro años de *boulevard* se podía dominar tan maravillosamente la magia de la elocuencia española.»

¿Comparaciones, relativas superioridades con otros grandes oradores en esta tierra clásica de ellos? Nos parece pueril semejante juicio; preferimos, á pesar de sus resabios sibilíticos, el de Víctor Hugo: «las cimas son la residencia de los iguales.»

En lo que nadie iguala la oratoria de Salmerón es en lo inflexible y en lo razonadora y á la par en lo espontánea, cualidades que á primera vista se repelen. Salmerón es de los oradores que menos preparan sus discursos y, efecto de su espontaneidad, algunas veces se le escapan frases que hacen caer de las alturas á que conduce. Fustigaba en cierta ocasión con terrible catilinaria á la mayo-

ría de conspicuos (indocumentados los llamó después Martos) que, en el juego de engañabobos que representa con tanta habilidad, Sagasta nos regalaba cada dos años. Le interrumpía el coro algo destempladamente y molesto por el griterío exclama: «tenéis telarañas en el cerebro, mohó en el intelecto». Merecían oírse los comentarios de los que protestaban del palmetazo.

Debían cincelarse en acero algunas de las frases que le ocurren espontáneamente (1).

(1) Entre las más hermosas y sugestivas de las frases magistrales del gran orador, hay que recordar la pronunciada en su primer discurso en el Congreso, hablando de la secularización del pensamiento, antecedente obligado de la emancipación de la vida. «Acontece con la fe como con la virginidad, que una vez perdida no se recobra. Pero así como cuando la virginidad se pierde, con la santidad del matrimonio se adquiere una cosa que vale más que ella, que es superior á ella, la maternidad; así, perdida la virginidad de la fe, se alcanza la maternidad de la razón» Comentario digno de ella es la carta, sinceramente sentida, que en Noviembre de 1871, D. Fernando de Castro, *santo de la humanidad*, dirigió á Salmerón legándole pluma de oro, regalo del Ayuntamiento de Bilbao, como monumento histórico que será, dice Castro en tan hermosa carta, del *último sermón de un sacerdote que ha perdido «la virginidad de la fe», pero que ha ganado en cambio «la maternidad de la razón»*.

Discutían con ruido cascabelero los posibilistas su culto á la forma republicana (que ha resultado un tanto fallido después), y ensalzaban una república tan prudente, tan ordenada y tan *chic*, que les interrumpió diciendo: «¿Queréis una República con Salve de Atocha?»

Combatía en otra ocasión á un diputado, que había dado salto mortal de la República al banco azul y contestaba á las interrupciones: «¿Cómo pagáis tributo al honor, cuando se halla en pleito la virtud?»

Habla por primera vez del hecho de Sagunto en la Cámara y encarándose con su principal promovedor, le dice: «Ceñís espada fundida más al calor de la fortuna que al temple del valor», y con la serenidad estóica del que piensa lo que dice y dice lo que siente, se mostró como siempre dispuesto á arrostrar las consecuencias de lo que había dicho. *Et sic de cæteris*. Lecciones de cátedra, mitins, propagandas, discursos parlamentarios, toda la obra de Salmerón es la de un orador de primera.

V

El Filósofo.

SALMERÓN es todo un filósofo, no con atisbos y presentimientos de los que no causan estado, sino con pensamiento propio y original, (la originalidad no es *prolem sine matre creatam*), sin desenvolverlo más que en sus lecciones de clase por falta de tiempo para escribir y por estar siempre atado á la labor diaria de ganar el pan.

Influido, al venir á Madrid, por lecturas de Proudhon, aleccionado aquí por Sanz del Río en el prodigioso movimiento idealista alemán, orientado más tarde, durante los seis años de emigración, en las novísimas corrientes del pensamiento, no fué Salmerón Krausista con una ni con dos *ss*, en el sentido despectivo que la pasión política ha atri-

buido á la doctrina, aunque no renegó del mote, porque se le dirigían en épocas de persecución y de desgracia para la Escuela, como no ha sido tampoco positivista *enragé*, ni dogmático. Ha dejado que evolucione su pensamiento sin firmar pacto con el error, pues todas sus evoluciones han tenido como centro convergente una originalidad, que autoriza á reconocerle la condición de pensador y filósofo.

Su doctrina de la *inmanencia*, expuesta en su primer discurso parlamentario; su concepción *unitaria* (monista) del mundo; su idea de que sujeto y objeto son desdoblamiento de una misma realidad, según lo prueba experimentalmente la identidad de constitución histológica del *entodermo* y del *blastodermo* (hojas interna y externa) de todo lo vivo; sus profundas críticas de Kaut; su concepto de lo plástico del *medio* como nexos, siempre en evolución, de los términos opuestos (sujeto y objeto) constituyen los puntos capitales de una enseñanza iniciada ya en 1869 y continuada en los días que corren.

¿Necesitáis un nombre ó un mote para la

doctrina? Dadla el que más os agrade, pero estudiadla, que vale la pena. Podríamos denominarla *un criticismo empirico-idealista*, superior (aparte alharacas que no son del caso), al menos en su alcance especulativo, á las doctrinas de Schopenhauer y del propio Wundt.

Pero *Verba volant, scripta manent*. Si no escribe (ya hemos dicho porqué), su enseñanza no se pierde, la difunde como fecundo sembrador de ideas en un grupo más ó menos numeroso, lo cual no le preocupa porque la difunde como decía Espinosa que se debía especular, *sub specie æterni*.

En suma, la gigantesca obra de Salmerón no llega á término y en su mayor parte quizá se malogra, más que por deficiencias suyas, por las del medio. Hubiera esta sociedad superficial y distraída, y en su nombre el Estado, determinado la elaboración de un medio (para algunos ya en parte lo ha hecho y no lo censuramos, sino que lo aplaudimos) digno y adecuado para que hombre como él

podiera resolver fácilmente el problema más urgente—*Primum vivere*—y entonces podría consagrarse (y aun los demás imponérselo como deber, si fuera preciso) al *Deinde philosophari*.

En tanto, hace cuanto puede, perdura en esta lucha incruenta de las ideas y con su excedente de fuerzas y energías exclama ante los que le suceden: *Sursum corda*.

CELEBRIDADES ESPAÑOLAS CONTEMPORANEAS

COLECCIÓN DE ESTUDIOS CRÍTICO-BIOGRÁFICOS
DE LOS ESPAÑOLES QUE MÁS SE DISTINGUEN

EN LA

LITERATURA, CIENCIAS, BELLAS ARTES, POLÍTICA, ETC.

Publícase esta BIBLIOTECA en elegantes tomos de las mismas condiciones materiales que el presente, siendo el precio de cada uno el de

UNA peseta.

PUBLICADOS

Benito Pérez Galdós, por . . LEOPOLDO ALAS (*Clarín*).

Ramón de Campoamor, por ANTONIO SÁNCHEZ PÉREZ.

José Zorrilla, por. ANTONIO DE VALBUENA.

El Doctor Thebussem, por. . . ANDRÉS RUIZ COBOS.

Nicolás Salmerón, por.. URBANO GONZÁLEZ SERRANO.

PUNTOS DE VENTA

En las principales librerías de España, Ultramar y Extranjero, y en la de Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2, Madrid.

